

LA BOTICA

Alcides Rodríguez



Image not found.

Capítulo 1

LA BOTICA

El esbelto hombre, le dirige una austera mirada a su esposa regordeta que no deja de molestarlo por el almuerzo. Hurga con los cubiertos alrededor del plato en busca de pulpa, salteando algunas pequeñas espinas. La mujer vuelve a reclamarle sobre su inexplicable compra, nunca había cocinado un pescado tan mísero por tan alto precio. Es obvio que su observador marido ha sido estafado...

- ¡Cuando el retaco ese aparezca por ahí, me haces el favor y le exiges que te devuelva tus reales. Ese mismo pescado lo vendió en la subida de tropezón a la mitad del precio!.

Le increpa la mujer insatisfecha. El hombre está consciente que lo dobla en altura, pero recuerda las gruesas y roídas manos del pescador, adaptadas a largas faenas tambaleantes en su bote y en el taburete del bar de la esquina, donde a veces termina a los puños jugando truco.

- Yo recojo la mesa...

Le advierte por sorpresa a la esposa, y esta se levanta con una mueca divertida en el rostro.

Al llegar junto a su perra esta mueve la cola entusiasmada y asoma la punta de la lengua entre los labios, mientras la acaricia desde lo alto; nunca atraviesa la puerta de la cocina, con disimulo mira la recolección de los restos del almuerzo que esta vez tendrán un destino diferente. Luego de un largo rato, junta una apestosa bolsa y se retira a la pequeña habitación de trabajo, donde prepara fórmulas magistrales; al lado de la recepción del pequeño negocio oloroso a químicos.

Pasan calurosas semanas de rutina laboriosa, donde descifra rápidamente extraños caracteres esbozados en arrugados récipes provenientes de la capital; más frecuentemente escucha con atención los síntomas de los clientes que no han podido transportarse hasta la ciudad para verse con un médico, hace preguntas precisas, se lleva la larguirucha mano al labio meditando un momento, recorre con la otra una fila de papeletas plásticas dentro del mostrador rellenas con polvos de colores estéticamente ordenadas, hasta que se detiene en una y la entrega con indicaciones exactas, explicando pacientemente la vía de administración, dosis y frecuencia de los principios activos depositados cuidadosamente dentro. Su mediana perra mestiza ve a cada uno de los afligidos clientes que llegan con ojos adormecidos mientras jadea para disipar el calor, como si

sonriera.

- Compay lo que me vendió no está resultando, ya terminé los guarapos...

Entra de imprevisto el grueso marinero pálido y sudoroso al local; la perra tranca sus fauces con la mirada enfocada y olfatea el aire desde su posición con las orejas erguidas.

Desde lo alto, el hombre lo mira comprensivo y paciente sin ninguna mueca en su rostro; está consciente que una gastroenteritis es una dolencia relativamente fácil de controlar, en caso de no estar complicada. Se da la vuelta, abre una caja y extrae varias papeletas.

- Tómallo por otra semana más, el tratamiento debe ser más largo; todos en el pueblo han mejorado con esto; debe ser el agua de su casa que está contaminada.

- Y si debe ser mi'jó porque la vecina ya está bien repuesta; eso es puro chorrito por delante y por atrás - tratando de bromear continúa - menos mal que los muchachos no lo han cogido...

Saca un puño de billetes arrugados del bolsillo y lo deja en el mostrador; los largos dedos lo toman para ordenarlos pasivamente antes de contarlos. El sudoroso paciente toma la retirada apresuradamente advirtiéndolo.

- Quédate con los cambios...

Termina de contar el dinero con una mueca de satisfacción, toma la caja con las papeletas y la vacía en la tobo de la basura.

En las noches la temperatura baja y le gusta recostarse en el patio del fondo de la casa a leer en una cómoda silla, mientras la perra duerme profunda a sus pies. Voces en el porche de su casa le hacen apartar la vista de la página. La perra se despierta alarmada y vuelve al rato moviendo la cola, seguida de la ocupada doña.

- Ahí afuera está la mujer de uno de los pescadores buscándote. Dice que el hombre ya no puede ni pararse de la cama de tanto vómito y diarrea.

- Dile que espere un momento, ya le vendo el tratamiento a su dolencia.

Se levanta detrás de su señora y a mitad de camino ella se voltea para decirle en voz más baja.

- Si es el mismo que te robó con el pescado ese malísimo, no deberías venderle nada.

- No te preocupes ya ese dinero lo recuperamos.

Se desvía al local; toma una papeleta del mostrador de medicamentos sin siquiera dudarlo y se dirige a la puerta de su casa. Pasa por el pequeño cuarto que usa de laboratorio y se pueden divisar algunos restos de secas espinas aun sin moler dentro del reluciente mortero.